

Dirección, Redacción y Administración, Plaza de los Mostenses, 24, principal.

La correspondencia deberá dirigirse al ciudadano Director de EL COMBATE.

Precio de un número suelto de EL COMBATE, 2 cuartos en toda la Península.

EL COMBATE

VIVA LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA FEDERAL!

DIRECTOR: José Paul Angulo.—REDACTORES: Ramon Cala, José Guisasola, Francisco Córdova Lopez, Francisco Rispa Perpiñá y Federico Carlos Beltran. ADMINISTRADOR: I. Sastre.

Se suscribe remitiendo el importe adelantado en sellos de correos ó letras, en Madrid y Provincias: un mes, 6 rs.—Tres meses, 18.—Seis meses, 34.—Un año, 66.—Ultramar: trimestre, 42 rs.—Extranjero: trimestre, 60 rs.

Toda suscripción hecha por comisionado costará 2 reales más.

LOS FACCIOSOS.

Pasan los pueblos por situaciones políticas que desgarran el corazón del ciudadano y hieren el sentimiento de su dignidad; situaciones excepcionales que cubren la vida transitoria de los gobernantes, de infamia; que vigorizan el espíritu nacional y le empujan hacia una vida nueva, á una regeneración política y social. Estas situaciones son parecidas á la que atraviesa la España con honra del 69, dirigida por el dictador Prim.

Cuando una larga y penosa enfermedad viene minando la naturaleza de un individuo, momentos antes de la última agonía, en esos instantes en los cuales los infinitos recuerdos del pasado se amontonan ante la imaginación con todos los vivísimos resplandores de la realidad como un terrible remordimiento, la vitalidad aparente es el anuncio más seguro de muerte; es el último adiós de un moribundo á las cosas terrenales. Así se comprende la nueva situación política inaugurada militarmente con la elección del duque de Aosta para rey de España.

Tantos preparativos de fuerza en actitud agresiva; tanta artillería y tantos escuadrones ante un pueblo indefenso cuando se trata de la elección de un tirano, prueban hasta la evidencia la grandeza del crimen Constituyente perpetrado la tarde del 16 de Noviembre de 1870 en la Asamblea Nacional.

Si hasta el presente hemos visto desde la revolución de Setiembre combatiendo la idea republicana á la reacción, embozada con la capa liberal, hoy, para que la situación anti-dinástica de España sea más excepcional y anómala, el ministerio de las pujas de las candidaturas régias, presidido por el dictador Prim, es el que provoca con sus Cortes Constituyentes, sumisas y complacientes á la voz militar, á un duelo á muerte á todos los partidos políticos que no secundan sus planes y no le acompañan ordenancistamente en su obra de ruina, de miseria y de devastación.

La nueva situación política inaugurada la tarde del 16 de Noviembre de 1870, más en un cuartel que en una Asamblea Nacional, antes debe llamarse con fundamento la proclamación de un dictador militar, elevado por la fuerza del sable y la violencia de las bayonetas á un trono enlodado por las herraduras de los caballos y prostituido por la embriaguez de la tiranía y la usurpación, que la elección de un rey para una constitución democrática y un pueblo de costumbres y tradiciones populares.

La Soberanía nacional ha sido presa de una emboscada militar; y, á partir del 16 de Noviembre de 1870, no habrá en España un rey nacional y poderes populares, sino co-autores y cómplices de un crimen revolucionario traicionablemente preparado, arteramente dirigido y miserablemente consumado.

La ley revolucionaria escrita con sangre en los últimos días de Setiembre de 1868 ha sido infringida en todas sus partes. A la voluntad del país, manifestada por las juntas revolucionarias, ha contestado la voluntad despótica del dictador Prim.

¡Abajo lo existente! exclamaron las juntas revolucionarias.

Y las Cortes Constituyentes establecieron la monarquía con todos sus atributos esenciales: con su unidad católica y su clero oficial, con su ejército activo y con sus quintas, con su centralización administrativa, con el mando militar local, con el doctrinarismo parlamentario, con la inmoralidad y el favoritismo, con su pena de muerte y su verdugo, con la bancarota de Isabel, con la esclavitud sostenida por la guerra más irritante y con los procesos contra las manifestaciones orales y escritas del pensamiento humano.

¡Viva la Soberanía nacional! gritaron unánimemente las juntas revolucionarias.

Y las Cortes Constituyentes eligen á un rey extranjero que la niega, la desmiente, la humilla y la maltrata. Y todo ¿por qué?

Porque sobre la voluntad nacional está la planta militar del dictador Prim; porque aquí en España, desde la revolución de Setiembre, no hay más autoridad que la suya, ni más libertad, derecho y justicia que el capricho y las ambiciones de este tirano que ha llegado á la dictadura por todos los caminos y por todas las situaciones deshonorables en que, desde el año 43, viene encenagándose España.

La ley revolucionaria está, pues, infringida por la voluntad dictatorial de don Juan Prim y legalizado y sancionado tan horrendo crimen por unas Cortes Constituyentes, hijas del presupuesto y resguardadas por el poder de los poderes de la España revolucionaria de Setiembre, por el poder militar.

Ante tanta osadía y cinismo tanto, EL COMBATE, que no reconoce más ley que la proclamada en Setiembre del 68, ni otra voluntad que la nacional libre y permanentemente ejercida; que tiene completa conciencia de sus derechos y deberes, pasando por encima de las iras monárquico-dictatoriales declara ante el país fuera de la ley revolucionaria y, por tanto, facciosos al dictador D. Juan Prim, á los constituyentes monárquicos y al duque de Aosta por ellos elegido para rey de España.

¡Viva la soberanía nacional! ¡Viva la República democrática federal con todos sus principios y con todas sus consecuencias.

Hace dos años el general Prim, desde uno de los balcones de la capitania general, decía á los valencianos: «Creían que habían muerto las libertades; no, yacían en el corazón de la patria, y cuando el pueblo ha despertado de su letargo ha roto en mil pedazos las cadenas que le oprimían.» Eso decía el general Prim; y aquel pueblo ébrio,

loco de entusiasmo le aplaudía frenéticamente, mientras que un hombre, un anciano, entonces desoido, entonces ultrajado, exclamaba con dolor: «Pueblo idólatra, victorea á ese que mañana te arrojará de la patria, te ametrallará, te asesinará; victorea al que te ha de colmar de ignominia y de miseria.» ¡Cuántos recordarán hoy esas palabras! ¡A cuántos amargará su recuerdo!

General Prim, ¿se han cumplido ya tan lúgubres vaticinios?...

Y bien, Prim, dictador Prim, rey Prim, ¿no prendes y condenas en nombre de la justicia? ¿No bombardeas á la patria en nombre de la patria? ¿No ahogas el pensamiento en nombre del progreso? ¿No provocas una lucha horrible, no ordenas acosar y destruir en nombre de la humanidad? Pues déjame acriminar esas prisiones y sentencias inicuas, esos bombardeos escandalosos, esos diques que impones al pensamiento, esos reyes que forjas, esa carnicería que provocas, invocando también los nombres santos de la justicia, de la patria, del progreso, de la humanidad.

Yo, los republicanos, casi todo el pueblo español que repueba tus actos, todos somos españoles, todos somos hombres y tenemos por consiguiente el indisputable derecho de prohibir que en nombre del pueblo se forjen reyes, que en nombre de la humanidad se proclame el esterminio.

Y si no invocas á la patria y á los hombres, ¿qué te mueve? ¿Tu egoísmo, tu sola ambición acaso?... Mucho debemos á la naturaleza, que te ha dado una ambición sin límites y te ha negado el génio. Así te estrecharás solo y no arrastrarás á la patria en tu ruina.

¿Has creado la verdad? ¿Has dado sus alas al pensamiento? ¿Has trazado el curso de los tiempos?... Apaga, pues, el sol, seca los mares, detén la marcha de los siglos, y luego encadena mi pensamiento, ahoga el sentimiento de los pueblos, opon un dique á la corriente del progreso; pero oye entre tanto la terrible acusación que los españoles lanzamos contra tí.

Hace más de dos años que á tu arbitrio está el porvenir de la patria, su prosperidad ó su ruina, su gloria ó su deshonra. ¿Y qué has hecho en ese tiempo? Frustrar hasta la última de sus esperanzas.

No eres irresponsable y absoluto en el poder que te has creado. Todo es grande en ese lugar, la virtud ó el crimen. Ahí, ó se refleja tu aspiración ó la aspiración del pueblo. Si lo primero, es necesario que de una vez para siempre te arrojes ignominiosamente y castigues tu enorme crimen. No digas que no puedes hacer más; ese lugar que ocupas no es el de los impotentes, ni el de los cobardes, ni el de los torpes, rey Prim, sino el de los dignos.

¿Te crees digno? Pues no lo eres. Tú mismo lo has confesado. Y si tu confesión es cierta, rey Prim, eres la desgracia de nuestra patria.

¿Lo ignoran los españoles? No, todos lo sabemos.

Pues entonces, ¿por qué no abandonas el poder? Y si no le abandonas voluntariamente, ¿cómo te consentimos?

Hay dos cosas que no se pueden calcular: tu infinita osadía y la paciencia infinita de la patria.

Un rey!... Esa entidad histórica no es posible ya. No vivirá en las conciencias, llenas de dignidad humana. Vegetará como un simple hombre; pero con todas las condiciones del peor ciudadano. Será una cifra enorme, pero negativa en la suma del trabajo

nacional. Será el fatal, el inmenso sumidero do irán á morir todas las fuerzas, toda la vida de la patria. ¡Desdichada patria, mendiga, hambrienta, tísica, aún devorada, aún ultrajada!

¿Quereis traer un rey sin idólatras, un fantasma, que la civilización, la dignidad y la independencia de la patria rechazan? Un rey es un absurdo, un mito histórico, porque ya no será Dios ni representante de Dios; un hombre sólo puede ser hombre.

Nada se oculta al pueblo, y si vuestras maquinaciones son inicuas, no se realizarán, porque aún tiene alientos, bravura, abnegación el pueblo y arrojará de la patria á sus hijos desnaturalizados.

Españoles, no lo olvideis; quieren traernos un rey, un enemigo irreconciliable del hombre y de la sociedad; no para reinar, que es ya imposible, sino para usurpar derechos y traer la perturbación, la desmoralización y la deshonra.

Españoles que lleváis en vuestra sangre de españoles el amor á la independencia, mirad que van á robaros esta segunda vida vuestra, que es la vida de la patria. ¡Qué vergüenza!

Republicanos, ha llegado el momento solemne de la prueba. Teneis una promesa, un juramento hecho en el fondo de vuestras conciencias; no lo olvideis, REPÚBLICA Ó MUERTE.

Ese hacedor de revoluciones que las generaciones futuras recordarán con horror, como la mancha lúgubre que emborriona las páginas de la gloriosa epopeya de la revolución española; ese personaje, funesto á la redención de nuestra querida España, quiere, soldados, que hundais una y otra vez en el corazón de la patria vuestras afladas bayonetas; también vosotros sois hijos de la patria, y mañana sereis sus víctimas. No asesineis á vuestros hermanos, á vuestros padres, que mueren en defensa de vuestros derechos hollados. Juntos, somos invulnerables. Maldito sea el que mata á su padre, á sus hermanos que luchan por su propia causa, por la causa de la patria, por la causa de los pueblos.

La historia cómico-burlesco-progresista registra una de sus más brillantes páginas en el día de anteayer.

La monarquía agoniza; en sus últimos momentos, revuélvese fatigosa en el lecho hediondo de sus crímenes... y el tiempo y la historia cavan su fosa en los abismos de la tradición.

Un partido sin conciencia, una cuadrilla de malhechores políticos, una bandería de crucifadores del derecho moderno, el partido progresista, en una palabra, y algunos merodeadores del presupuesto, hombres sin el menor sentimiento generoso, sin el más leve resto de vergüenza política, esos hombres, en fin, que jamás han consultado su conciencia—si es que la tienen—acaban de presentar á nuestra vista uno de esos espectáculos que, en fuerza de su ridiculez, se hacen gráficamente sorprendentes.

Anteayer fué uno de esos días en que los hombres pensadores leen en los pueblos los destinos de la humanidad; en que se advierte el trecho recorrido en la senda del progreso, se comparan las épocas, se estudia en el presente y se adivina lo por venir.

La fisonomía de Madrid en el día de anteayer nos ha demostrado una vez más que la fuerza de las ideas es tan impetuosa como un torrente embravecido; que el mundo marcha á su redención y que está próximo el día de la justicia.

Sombrias y solitarias aparecían las calles de la metrópoli española el 16 de Noviembre, a pesar de que la naturaleza, por una de esas incomprensibles aberraciones de sus arcanos, se mostraba risueña dorando la tierra con un sol vivísimo.

Después de dos años de penalidades, de turbulencias, de fraudes y continuos desasosiegos llega el suspirado día de constituir la nación... y... el pueblo de Madrid presenta un aspecto terrible, desconsolador; el pueblo de Madrid, a quien han acusado de monárquico, ha protestado contra la monarquía elocuentemente.

La mayoría del comercio ha cerrado su puerta; los trabajadores han abandonado sus talleres; la calma de la intranquilidad, el silencio de la muerte ha pesado como la fría sobre todo y sobre todos.

Se va a constituir el país; vamos a salir de la interinidad; va a cumplirse la voluntad soberana del pueblo por medio de sus legítimos representantes, y, sin embargo, el pueblo está intranquilo; manifiesta palmarmente su descontento; ruge sordamente como el aprisionado león y se aglomera insistentemente a las puertas del Congreso, único lugar que se halla concurrido en este día memorable.

¡Qué triunfo para la causa republicana!

¡Qué lección tan tremenda para los reyes!

¿Por qué está intranquilo el pueblo, al terminar el período constituyente? ¿Por qué esos bandos del gobierno aconsejando la calma a los unos y amenazando a los otros?

Porque en este día se perpetró el más espantoso de los crímenes; porque se barrena el derecho público; porque se atenta a la soberanía de la nación; porque el gobierno tiene miedo. ¡Sí, miedo! Se espanta de su propia obra y tiembla al consumar el sacrificio de un pueblo cuyas mejillas enrojece el carmin de la vergüenza.

¡Ah! El supremo tribunal de la opinión pública va a dictar su fallo severo y terrible contra esa bandada de negros cuervos que, creyéndose muertos, se aprestan a devorarnos; contra esa pandilla de traidores que escamotean la honra española; contra los que al nombrar un rey se hacen reos de lesa humanidad.

Ese lujo excesivo de fuerza; ese, al parecer, temible aparato militar; esa caballería que amenaza aplastar con sus ferrados cascos las grandes masas de indefensos ciudadanos que ocupan las avenidas del Congreso; todo ese cúmulo de preparativos terroristas, nada significa, nada importa, nada vale ante la fuerza de las ideas, ante la decisión de un pueblo que tiene conciencia de su derecho.

Ha sonado la salva que indica la votación victoriosa del monarca, y... un silencio sepulcral, el silencio de las tumbas, ha seguido al estruendo de los cañones.

La monarquía española ha muerto en el día 16 de Noviembre de 1870.

El partido progresista ha tenido la gloria de darle el último golpe.

¡Viva la República democrática federal!

Todas las noticias y correspondencias de provincias, así públicas como privadas, están contestes en asegurar, con la más elocuente verdad, el estado de febril agitación que ha producido el resultado de la votación del 16.

Los periódicos la sancionan asimismo, y todo lleva el convencimiento al ánimo de cuantos no sean progresistas, de que España está resuelta a rechazar de todos modos y con la mayor energía al desventurado rey que en hora feliz resolvió regalarnos el Sr. Prim y Prats.

Era de esperar: esta nación, hidalga siempre y fiera ante la perspectiva de una intrusión extraña, no podía permitir que su honra y su dignidad fueran holladas impunemente por un soldado aventurero y por un segundón de la tan pobre euan ambiciosa casa de Saboya.

En esta noble tierra donde en cada valle, en cada monte y en cada pueblo brota un recuerdo de independencia, y cuya historia es un poema de amor patrio y de sacrificios que ningún poeta ha podido cantar dignamente; en esta libre tierra, decimos, donde no ha germinado jamás la semilla

traidora, pretender implantar una dinastía extranjera que trae una historia de infamias y de perfidias, de crímenes y de alevosías, que desde un rincón de los Alpes la han llevado al señorío de la mayor parte de la Europa occidental y meridional, es una insignie estultez digna solo de entendimientos progresistas.

Sin embargo de tantas desventajas como sobre nuestra desgraciada patria pesan, es consolador presenciar ese hermoso espectáculo que lleva el convencimiento de lo que vale y puede esperarse del noble y digno pueblo español el día en que haya gobiernos que se eleven a la altura de su valor y grandeza.

El gobierno del pueblo por y para el pueblo, sin mistificación de intereses bastardos ingeridos en él, purificará sin duda la atmósfera política pestilencial que respiramos, y nos llevará a la grandeza moral y material a que tenemos derecho a ascender; porque esos caracteres chicos y ruines que se encarnan en el poder a fuerza de traiciones y de desvergüenzas, y que parece tienen a España postrada e envilecida, se anularán para siempre, y entonces aparecerá en toda verdad cuánto vale y cuánto significa nuestra raza en el mundo de la civilización moderna.

Que todos los españoles honrados contribuyan a esta grande y benemérita obra, y, despojándose de toda pasión de intereses de clase y personal, establezcamos el puro reinado de las democracias que ha de hacer justicia a todos y en todo.

Así lo esperamos de la revolución que se presiente, y que creemos nosotros en verdad que se realizará pronto, muy pronto.

A LOS SOLDADOS, CABOS Y SARGENTOS DEL EJÉRCITO ESPAÑOL.

Vuestra indiferencia ante la grave enfermedad de la patria tiene su raíz más profunda en las revoluciones anteriores, y en sus consecuencias realizadas sin un verdadero conocimiento de la enfermedad del pueblo español, y sin una convicción profunda acerca del medicamento para su curación completa y radical. ¿Qué os dijo si no vuestra conciencia cuando fuisteis exortados a la sublevación? ¿No vino en seguida a entibiar vuestro entusiasmo y a debilitar vuestra decisión insurreccional el recuerdo de los resultados funestos de las anteriores sublevaciones, pronunciamientos y motines con su acompañamiento consiguiente de ignorancia y de miseria, y del favoritismo militar en el reparto y distribución de vuestros grados y empleos, sujetos a la voluntad caprichosa del director de la sublevación, del pronunciamiento o del motín? ¿No es cierto que este recuerdo de la desigualdad militar, política, económica y social os llevó de hecho en hecho por la senda del pasado a la convicción más íntima de que los resultados de los pronunciamientos y motines fueron aprovechados por los ya mejorados en las leyes, mientras que los perjudicados por éstas y por la insurrección y el motín, eran diezmados por el hambre y perseguidos por su inevitable vagancia y mendicidad?

Soldados, cabos, sargentos y oficiales del ejército español: Vosotros que ante tantas contrariedades é inmoralidad y corrupción tantas, presentadas de un lado por generales que dirigen al soldado palabras aconsejándole la ordenanza militar y, por otro, frases entusiastas dirigidas a su violación y quebrantamiento (siendo los unos y los otros vuestros jefes según la ordenanza); vosotros a quienes los hechos y las palabras han enseñado a confundir, de una manera aciaga y desgarradora, que la ambición es la ley, y la fuerza el derecho; vosotros sois los obligados primeramente en cumplimiento de la voluntad nacional, a la que todo lo debeis, porque el pueblo es el que sufre y paga, a que terminen de una vez para siempre la inmoralidad y la corrupción, proclamando la República democrática federal.

No sabemos admirar bastante el atrevimiento con que el Sr. Ruiz Zorrilla, presidente de las Cortes, negó las manifestaciones de fuerza que se hicieron durante la elección de monarca y que amenazaban un golpe de Estado en el Parlamento.

Si por acaso no tuviera la elección las mil nulidades que la destruyen y, más que todo, la resistencia del pueblo que la ha de inutilizar enteramente, tendría de todas maneras el vicio de haberse hecho entre bayonetas y cañones.

Diga lo que quiera el Sr. Ruiz Zorrilla desde su asiento presidencial, no puede conseguir que sea dudoso lo evidente y verdad lo que ha visto todo el pueblo de Madrid.

En la plaza de Palacio había escuadrones de coraceros.

En la puerta de Alcalá un verdadero campamento con cañones, y aun se asegura que estaba en él la única ametralladora que hay en España, acaso para ensayar sus destructores efectos en los pacíficos habitantes de Madrid.

En el teatro de la Zarzuela, contiguo al palacio de las Cortes, había escondidos dos batallones de infantería.

En la casa de Medinaceli, fronteriza al mismo palacio, había apostada fuerza, no sabemos la cantidad.

Frente a la puerta por donde entran los diputados había un grueso pelotón de caballería de la guardia civil.

Un poco más arriba, en la Carrera de San Jerónimo, destacamentos de caballería recorriendo la calle.

La puerta del ministerio de la Gobernación estaba cerrada, y considerable fuerza de la guardia civil oculta dentro del edificio.

Hasta se asegura, y esto completaría la indignidad, que en el palacio mismo de las Cortes, en los sótanos, había escondidos doscientos guardias civiles, como si fueran a hacer un degüello preparado.

Y los clubs estaban cerrados, y las clases de enseñanza lo mismo, y los teatros también; todo ello de orden de la autoridad.

Y el gobernador publicó un bando alarmante, como no se ha publicado jamás, quebrantando la Constitución y las leyes.

Con estas formalidades y preparativos se verificó el nombramiento de monarca para un pueblo civilizado y regido, al decir, por instituciones liberales.

¿Qué iba a hacer tanta fuerza militar? ¿Qué iba a hacer la guardia civil escondida en los sótanos del Congreso, si por acaso no hubiera salido nombrado rey el duque Amadeo?

¿No bastaba al gobierno la inquebrantable condescendencia de los genizaros de la mayoría?

¿Ideaba, por ventura, un golpe de fuerza en el Parlamento?

El general Izquierdo fué furiosamente moderado, y perseguidor y enemigo de don Juan Prim en aquellos días en que éste había conseguido engañar a muchos confiados con la mentira de que era liberal.

Llegó la revolución de Setiembre, y el general Izquierdo se declaró fallecido, manifestando que nacía democrata en el día 19 de aquel mes memorable.

Un poco después, el mismo general apareció partidario el más decidido del duque de Montpensier; y aunque, en verdad, no anunció otro nacimiento, se debe pensar que lo hiciera considerando que dejaba el nombre democrático por el realista.

Pero hé aquí que en la sesión de anteayer el susodicho general se empeñó en participar a todo el mundo que se daba nuevamente a luz con otra máscara, y, en lenguaje conciso, porque el reglamento le daba en la lengua, pero con una vibración muy vigorosa para un recién nacido, dijo: «Señores: hasta ahora he defendido la candidatura del duque de Montpensier; pero en este instante voto al de Aosta».

Se nos figura el general Izquierdo muy semejante a los culebrones, que todos los años mudan la piel. En verdad que cada una de sus metamorfosis le ha cambiado la librea, desde la de brigadier a teniente general.

¿Cuál será la nueva piel que vista ahora el general Izquierdo?

La espada de Prim.—Cuéntase que el general que es hoy presidente del Consejo de ministros estuvo en la guerra de Africa y que allí, como es natural, ceñía una espada, cuya espada regaló, concluida la guerra, al pueblo de Reus donde ha nacido.

El ayuntamiento imaginó honrar el regalo haciéndolo poner en la sala de sesiones, donde lo contemplaron con respeto durante algunos años los paisanos del general Prim.

Sucedio que en el año de 1867 mandaba en Reus, como gobernador militar, el general Izquierdo, capitán general hoy de Madrid, al mismo tiempo que Prim, el de la espada, es ministro de la Guerra; y que, pareciéndole mal que aquel instrumento campeara en las salas capitulares, siendo originario, según decía, de un malsin y traidor desleal, dispuso que fuera quitado y arrojado a lugar deshonroso.

Obedeció el ayuntamiento la orden de Izquierdo, que entonces no había fallecido aún la primera vez, y la espada desapareció, aunque por fortuna fué salvada del vilipendio por un amigo particular del general Prim, que la ocultó cuidadosamente.

Como la presencia de la espada suscitó

las iras de Izquierdo, contra las cosas de Prim, no pudo aquel ver con paciencia que el café de una pequeña población cercana a Reus se llamara café de Prim, y dictó una orden tremenda en sentido de que el establecimiento variara de nombre. La orden fué obedecida.

Corrió el tiempo y vino la gloriosa; el héroe de la espada regresó triunfante a nuestro país, y el comandante general Izquierdo falleció sin duda alguna, puesto que el mismo nos ha contado que nació el 19 de Setiembre de 1868.

Ahora bien; no sabemos si el café recobró su antiguo nombre; lo que sabemos es que la espada volvió en triunfo a la sala capitular de Reus, y que en ella sirvió algunos días de admiración a los amantes de cosas antiguas; pero hé aquí que esta espada debió tener la mala estrella de perderse y ser deshonrada, porque no pasó mucho tiempo sin que fuera descolgada de su sitio con ignominia, desapareciendo segunda vez.

El general Izquierdo hizo sin duda mal de ojo a la espada de Africa.

Los dos generales están en frente hace algún tiempo, y se miran con cierta desconfianza al decir de las gentes. Prim tiene en poco a Izquierdo, y éste acaso discurre la manera de que le manifieste más consideración.

¿Jugará algún papel la espada de Africa en esta misteriosa contienda de guardados rencores?

La Asamblea Constituyente nombró en una de las anteriores legislaturas una comisión de su seno, para que recorriendo nuestras provincias estudiara el estado de las clases trabajadoras y presentase su informe, en sentido de procurar el mejoramiento de su condición.

Los comisionados tenían que hacer algunos gastos de viaje de poca cuantía y reclamaron auxilios de la presidencia, auxilios que les fueron negados por razón de economías, y el estado de las clases trabajadoras se quedó sin examinar siquiera.

Ahora la misma Asamblea Constituyente ha nombrado otra comisión para que vaya a poner la dignidad de España a los pies de un saboyano, y según se asegura se ha puesto sin ninguna dificultad a su disposición la suma de dos millones de reales.

¿Qué contraste!

Pregonemos alabanzas imperecederas a la Asamblea Constituyente.

Niega algunos reales para mejorar la suerte de los trabajadores y tira los millones en un viaje de placer que redunde en deshonra de España.

¿Qué aprenda el pueblo y no olvide lección tan triste!

Encontramos en *L'Emancipation* de Tolosa, reproducido en *Le Peuple*, el siguiente suelto sobre el que llamamos la atención:

FUSILEMOSLES.

«El duque de Aosta vá a partir inmediatamente para España:

«Los príncipes de Orleans, no osando moverse ni hablar, por sí mismos hacen redactar y firmar manifiestos a su porta-estandarte Mr. Albert Broglie.

«Mr. de Chambord, que lanzó su pretenciosa proclamación, fechada en la frontera de Suiza, debe estar hoy en Francia si damos crédito a un telegrama de Viena.

«Así como las mariposas se queman las alas a la llama de las bujías, los pretendientes vienen imprudentemente a chocar contra las justas cóleras republicanas. Les prometemos la suerte de los murciélagos.

«Si Aosta, Orleans y Borbon vienen a implantar en Francia ó España la bandera de la guerra civil;

«Si cuando la Francia agoniza, ellos piensan en coronas y en listas civiles, cuando los republicanos olvidan sus querellas personales para no ocuparse más que en la salud de la patria;

«Si los pretendientes de todas clases, en fin, han olvidado la historia de ayer, perdiendo hasta el recuerdo de este nombre: *Querélaro*.

«Republicanos de todos los países, arriba! Esos hombres están juzgados; ejecutemos la sentencia, tomemos nuestras armas y fusilemos al primero que ose levantar el estandarte del realismo.

«Lo hemos dicho veinte veces y lo repetiremos ciento todavía: los pretendientes son ladrones por el solo hecho de ser pretendientes.

«Que no haya para ellos ni piedad ni cuartel.»

Suma y sigue.

También al Sr. Gonzalez Encinas le han demostrado sus discípulos cuanto estiman su conducta política y, sobre todo, su voto.

Al entrar hoy en clase este señor que, entre paréntesis, tenía presentadas exposiciones en pró de Montpensier, le han recibido sus discípulos con una silba general, profiriendo contra él las más duras expresiones y denigrantes calificativos.

Sin embargo de este recibimiento, el se-

nor Encinas pretendió explicar en la clase, lo que provocó el que, llenos de coraje sus discípulos, le volcaran la pizarra y le dijeran que los estudiantes libres de medicina le creían indigno de explicar y de enseñar a ciudadanos libres.

Esto le obligó sin duda a marcharse más que de prisa, y dicen que en la forma que los reos marchan al cadalso, acompañado de más de 400 estudiantes que, entre improperios y denuestos, le tiraban patatazos.

Esto es terrible, y da la medida exacta de lo que espera a esos desgraciados que se burlan de todo, lo más santo y respetable para satisfacer aspiraciones bastardas.

El Sr. Mata dicen que lloró ayer en vista de las demostraciones de que fue objeto, y que hoy ha presentado su renuncia del cargo que desempeña en San Carlos, en donde ha sido tan querido como admirado.

Deploramos sinceramente estos hechos, que habrían de servir de provechosa enseñanza a los que tan miserablemente cegados por las pasiones nos gobiernan.

Sin embargo de esto, creemos que los mandarines en España no se acabarán; ni los actuales reconocerán la verdad de su tristísima situación y obrarán, en consecuencia, hasta que el pueblo concluya de una vez y para siempre con la causa que los produce.

La prensa de Madrid viene ayer, en su inmensa mayoría, desprovista de interés.

Parece que la elección del rey langosta ha paralizado hasta la travesura e inteligencia del periodista.

Un amigo nuestro, al saber el resultado de la votación real, nos dijo con entusiasmo: «La bomba está arrojada; esperemos resultados y tranquilos su explosión.»

¿Si lo dicho por nuestro amigo estará en la conciencia e inteligencia del pueblo? Creemos que sí, y pronto, muy pronto, se verán los terribles resultados que ha de dar la explosión de la bomba arrojada con tanta insensatez como falta de patriotismo por el gobierno de Prim.

Según algunos periódicos de provincias, hay en ellas el propósito firme por parte de las autoridades de armar un conflicto.

Excesivo lujo de fuerza, grandes aparatos militares, órdenes y bandos patibularios, todo esto y aun más, hacen las autoridades de provincias para poder castigar al pueblo, como ellos dicen.

Nosotros estamos seguros de que los pueblos no se moverán por nada ni por nadie hasta que llegue el momento oportuno.

¿Qué impaciencia la del gobierno! Ya vendrá, hombre, ya vendrá la hora.

Dícese que un agregado a la embajada italiana ha salido esta mañana en dirección a Florencia, llevando pliegos para aquel gobierno, en los que, según nuestras noticias, el Sr. Ceruti da cuenta minuciosa de la votación de monarca, sin omitir ningún detalle de la sesión.

Si esto fuera cierto, creemos que por mucha ambición que tenga el esposo de la Cisterna, o falta de conocimiento sobre el carácter español, no se atreverá a recibir los atributos de rey que van a ofrecerle unos cuantos ambiciosos, entre los que figuran el perjurio Madoz y el apóstata Martos, cuya historia y antecedentes son tan conocidos del pueblo.

Ambición y grande se necesita tener para aceptar la corona que el pueblo arroja en pedazos al lado de la ignominia, y que paseada después por los mercados extranjeros solo el desprecio mereció de todos los príncipes a quienes se ofrecía.

El descendiente de los Guzmanes, antiguo pesetero y granuja del mercado de Reus, ha dado en la manía de levantar los feudales castillos que el huracán revolucionario ha destruido.

En los montes de Toledo tiene ya uno, copia irrisoria de los antiguos monumentos que servían de guarida a los asesinos y ladrones de la Edad Media, cuyos hechos conocemos por la historia.

Según las noticias que nos da un periódico, en el cortijo de San Isidro de Aranjuez se hallan actualmente ocupados 120 hombres en preparar las obras necesarias para la edificación que se proyecta de un castillo sobre las ruinas de otro que existió anteriormente.

¿Soñará el ministro presente y futuro tener feudales castillos y apellidarse señor de horca y cuchillo?

No sería extraño, si tenemos en cuenta la manía de D. Juan en recibir a lo señor feudal en su castillo de Toledo, donde es sabido que a su llegada y a la de los convidados, los pecheros de hoy tocaban el cuerno desde lo alto de sus almenas, levantando el puente y saliendo a recibirlos con hachas resinosas, llamadas de viento. Lo mismo que hacían los señores de la Edad Media.

¡Cuánta miseria y necesidad!

El señor presidente de las Cortes, que tan despótico se mostró en la célebre sesión del 16, aparentaba ignorar que la guarnición de Madrid había tomado puntos estratégicos, como si se tratara de la nueva con-

quista de la antigua corte. Esta ignorancia en su señoría nos demuestra que ó servía de juguete a ocultos fines, ó que cobardemente negaba lo que muy bien sabía con la intención de ocultarlo al país.

Pues no solo todo Madrid presenció con asombro el alarde de fuerzas, sino que vio también repartir vino y aguardiente, dinero y cigarros a todas las clases del ejército, recurso a que siempre se acude cuando no hay completa confianza en el soldado.

Dice un colega:

«Parece que se trata de que cuanto antes llegue a España el duque de Aosta, para que el alumbramiento de su esposa tenga efecto ya en suelo español.»

Lo creemos conveniente: cuanto antes concluyamos, mejor.

Leemos en *La Correspondencia*:

«El gobernador, diputación y ayuntamiento de Barcelona han solicitado por telégrafo que el rey desembarque en aquella capital cuando venga a España.»

Nos parece bien, si el objeto es que la fiebre amarilla evite a los republicanos ejecutar a Amadeo cual a otro Maximiliano.

Al saber el resultado que obtuvo la votación de rey, el comercio de Madrid, en su mayor y más importante parte, se pasó la consigna de cerrar las tiendas a las siete en señal de desagrado al rey de Prim, y de tristes presagios.

La consigna se cumplió exactamente, y el público de Madrid, que la ignoraba, no comprendía un acto que dañaba los intereses del comercio.

¿Si será popular la candidatura saboyana-progresista?

Leemos en un colega:

«Hoy se ha dicho que el general Izquierdo irá de capitán general a la isla de Cuba.»

Bien lo merece el sacrificio de sus compromisos.

Dice *La Correspondencia de España*:

«Los diputados que votaron ayer al duque de la Victoria nos han manifestado hoy y nos autorizan para que lo digamos, que no es cierto que en segundo escrutinio tuvieran pensamiento de votar al duque de Aosta. Casi todos ellos tenían tres papeletas iguales para repetir su voto al pacificador de España.»

Traslado a *El Imparcial* y demás obligados colegas aostinos, que con la mayor frescura aseguran lo contrario.

Nos parece, pues, que la veracidad está reñida con el entusiasmo realista.

Se lamenta un periódico de que, a pesar de haberse elegido ya monarca, no se ven colgaduras en todo Madrid.

No se apure el colega; el pueblo las tiene ya dispuestas, y tan magníficas que han de ser como nunca se han visto.

Y qué de aplausos han de merecer algunas, particularmente las de los ministros!

La elección de monarca se ha llevado a cabo; tan fausta nueva ha llenado de júbilo a los monárquicos hasta el extremo de haber sufrido nuestros valores un descenso horroroso.

Y el pago del semestre está en vísperas de cumplirse, pero no abonarse.

Monárquicos acudados, regocijados con el de Aosta, que estais próximos... a vender vuestros créditos con el Estado a papel viejo!

PROVINCIAS.

Según nos escriben de Salamanca, los estudiantes de aquella antigua y célebre universidad recorrieron las calles gritando:

«Muera el rey! Muera Aosta! Y para dar al acto toda la formalidad que el caso requería, llevaban el retrato del incauto candidato aun, en aquella sazón, con un gran letrero en que se leía en gruesos caracteres:

«ESTA TARDE A LAS TRES SE LE FUSILA EN EL PASEO DE LAS CARMELITAS.»

Enterado el gobernador, Gemme y Fuentes, de lo que ocurría en la *Insula* de su estúpido mando, de la que no merece ser aguacil siquiera, pues desconoce no solo los rudimentos del derecho sino también los de la educación, encargó al inspector de desorden público que pusiese a buen recaudo a los que él llamaba alborotadores y nosotros buenos patriotas, mejores españo-

les que los serviles lacayos de Prim y Langosta, y le encargó asimismo que salvase a España, que salvase al rey de farsa del ignominioso INRI; pero los jóvenes estudiantes, que querían llevar a cabo su propósito, no pudiéndole fusilar, que es la muerte mejor que podían darle, hicieron un auto de fe con el infeliz Amadeo, quemándole pública y solemnemente en el Casino.

¿Si será lo del retrato un augurio de lo que va a suceder con el original?

Creemos que sí. Allá veredes.

Nos escriben de Valladolid que, no bien apareció en público el retrato del futuro rey, lo llenaron de inmundicia los chicos, mujeres y hombres al grito de: «Muera Aosta! ¡Atrás el extranjero!»

Es mucho el entusiasmo que España tiene por el rey de Prim y de cuatro individualidades perdidas en los antros del presupuesto.

De Astorga y otras partes nos comunican el hecho escandaloso de haber pedido oficialmente a los pueblos adhesiones y entusiasmo para la candidatura macarrónica.

Desgraciado partido progresista! Acaba su vida sin dignidad y sin honra por el elemento profundamente inmoral y ruin que se le ha impuesto; y lo que es más vergonzoso aún, plagiando en todos sus actos a las camarillas que sostuvo Isabel de Borbón.

De *La República*, de Jerez, tomamos el siguiente suelto:

«ATROPELLO.»

«Ayer al anochecer han entrado sin auto del juez en el domicilio del ciudadano José Pérez Romero, situado en la calle Empeadrada, núm. 31, el comandante segundo de la guardia municipal y dos guardias más, registrando toda la casa y llevándose dos paquetes de cartuchos que poseía el ciudadano Pérez en uso de su derecho.

Este hecho constituye una palpable violación del domicilio; el código penal está muy terminante en la materia, y sabemos que se va a presentar al juzgado la competente denuncia.

Nosotros, defensores de los derechos del pueblo, levantamos nuestra voz protestando de semejante violación de lo consignado en la Constitución vigente, y prometemos a nuestros lectores tenerlos al corriente de cuanto ocurra sobre este asunto, y velar por que la autoridad judicial cumpla con su deber.

«Hemos vuelto a los ominosos tiempos de González Brabo?»

«¿Qué se ha hecho de los derechos individuales tan proclamados por los revolucionarios de Setiembre?»

«Estamos ya en estado de guerra y se hallan ya por ventura suspendidas las garantías constitucionales?»

«O es que son estas las primicias de ese rey que no ha de venir?»

«Sepámoslo de una vez.»

«Parecenos muy bien que se presente al juzgado la competente denuncia; y justo es que el apreciable colega de Jerez levante su voz, protestando de semejante violación de lo consignado en la Constitución vigente; pero advertimos a nuestros queridos amigos y correligionarios, que ni el juzgado hará caso de la competente denuncia, ni los gobernantes de la protesta hecha por el apreciable colega.

Lo que deben saber y no olvidar un momento todos los buenos republicanos es que en la fuerza tan solo se apoyan los actuales gobernantes y sus secuaces; que la fuerza solo se repele con la fuerza, y que tanto el ciudadano, a quien han robado los dos paquetes de cartuchos como los demás republicanos de Jerez y de España, si quieren justicia y honra deben procurarse muchos de esos paquetes, mucha pólvora y muchas balas, privándose para ello de todo lo que no sea absolutamente indispensable para la vida.

El día de la lucha está próximo, y el partido republicano para triunfar cuenta principalmente con el esfuerzo y abnegación de los hijos del pueblo.

«Como no podía menos de suceder, la candidatura Aosta ha sido recibida en todas partes con el más feroz entusiasmo, sobre todo por la juventud estudiosa; esa juventud inteligente, esperanza de la patria, gloria de la ciencia, emula del tiempo, y propagadora de las nuevas ideas.

A las manifestaciones de odio contra el rey en la Universidad y colegio de S. Carlos y otras, tenemos que agregar la de la universidad de Valladolid.

«Abran los oídos y oigan los sordos progresistas. Abran los ojos y vean los progresistas ciegos y estúpidos.»

Hé aquí lo que dice una carta de aquella ciudad:

«Hoy, 16, ha tenido lugar en esta una gran manifestación contra el rey titiritero, saliendo de la universidad todos los estudiantes, con una caja mortuoria, vacía, en derredor de la cual entonaban funebres himnos. Recorriendo las principales calles, retiráronse después al punto de salida con el mayor orden.

«La noche anterior—añade la carta—hicieron otra manifestación, llevando faroles en los que se leían en letras muy gordas: ¡Nada de reyes extranjeros! No vendrá, no vendrá.»

Como se ve, el entusiasmo es tan general como expresivo.

«Ah progresistas tontos, hombres sin fe, sin conciencia y sin pudor! Merodeadores políticos y saltimbanquis realistas; esa es vuestra obra! contempladla y temblad.»

Parece que la falta de recursos ha obligado al ayuntamiento de Don Benito, una de las poblaciones más importantes de la provincia de Badajoz, a suprimir los serenos, los guardias municipales y el alumbrado público.

Así se progresa hoy, como el cangrejo.

Las Provincias de Valencia se felicita de que hace tres días no se tiene noticia de ningún nuevo caso de enfermedad sospechosa.

El Vigía de la Libertad, diario de Valencia, se lamenta de la tiránica persecución de la prensa en el valiente artículo con que encabeza su número y que trascribimos para honra de los progresistas.

«¡BRAVO, ADELANTE!»

Las armas que esgrime el Código provisional van cayendo sobre *El Vigía de la Libertad*, con toda la intención del que se siente herido de muerte por un adversario leal.

Nosotros las vemos caer impasibles, y cuanto más sendos golpes se nos dirigen, más se enardece nuestro ánimo, más nos grita nuestra conciencia ¡adelante! y mayores fuerzas vamos cobrando para luchar contra los poderes arbitrarios. Si, lucharemos mientras nos quede un soplo de vida.

«¡Viva la República federal!»

De *El Obrero*, periódico republicano de Murcia, tomamos los siguientes párrafos:

«La hora de las consideraciones, de las dudas, de las vacilaciones, de la espera y de las contemplaciones ha pasado.

Delante de nosotros tenemos a Aosta; detrás, ¡ah, detrás! y con las mechas encendidas y los regimientos prontos a obrar, al general Prim y a todos esos diputados pasateleros, que lo mismo se coaligan contra los reyes, cuando estos los alejan de las dulzuras del poder, que venden su conciencia y hasta lo que hay de más sagrado en la vida del hombre honrado, la convicción, al primer advenedizo, al primer extranjero ó al primer traidor que les ofrezca un pedazo de pan en la tan para ellos codiciada mesa del presupuesto.

«Arriba, pueblo español! Arriba todo el mundo, no bien haya sonado la señal, y no descansamos hasta haber arrojado de nuestro seno esa farsa indigna, ese pandillaje ó grupo de traidores que quieren reducirte a todo trance a la categoría de esclavo en el mercado de esclavos.

«Guerra, guerra a muerte a las dinastías extranjeras!

«Guerra, guerra de exterminio a sus bárbaros cómplices!

«Viva la España libre e independiente!

«Viva la república federal universal!»

La fiebre amarilla decrece notablemente en Barcelona, según se desprende de los últimos partes. Ayer solo ocurrieron doce invasiones, y fallecieron 10 de la existencia anterior.

En Alicante ocurrieron ayer 14 casos caracterizados de fiebre, y dos sospechosos. Los curados son 25, y los muertos 10; quedando en tratamiento 212 atacados. En el hospital no ocurrió alteración alguna, y en la población tampoco ocurrieron defunciones de enfermedades comunes.

Los carlistas de la frontera han tenido que facilitarse recursos especiales para sus planes, porque los comités de las provincias parece que han dicho que los fondos que ellos arbitran los quieren aprovechar en su propio país. Tres títulos de Castilla dícese que han facilitado algunas sumas en la junta celebrada el 15.
